

EL VACÍO Y LA VENTANA

Aarón Alejandro Romo Arceo



Capítulo 1

Trabajo en una oficina, mi salario es un desierto, árido y seco, y de vez en cuando frío; pero mínimo, los cactus crecen y a los lejos se ven las montañas, tan lejanas como las probabilidades de conseguir un vehículo pronto. Sólo los autobuses podían refugiarme de la noche cuando regresaba a mi hogar, una caja de concreto pintado de un color azul que odio. Vivo ajeno de caricias femeninas y toques cálidos a la cabeza de algún animal de compañía diseño para ser amigo del humano. Incluso navegando estático entre la población inflada de los autobuses, siempre voy solo. Soledad, una siamesa en mi espalda, un parásito, dejo que me consuma mientras aprendo a quererla, como si quisiera que me convirtiera en la ceniza finita de un cigarrillo al rojo brillante y bailarín.

Odio sentarme del lado del pasillo, a menos que tenga de compañero el abdomen desnudo de alguna mujer en sus veintes o amables treintas generosos con sus portadoras. Amo las ventanas y los bordes, puedo ver la ciudad moviéndose, huyendo de sí misma, todos escapando de mi mirada lujuriosa de movimiento. Me gusta ver las cosas moverse, porque siento que yo me muevo sin otorgar un paso hacia el frente que promete o condena. También me agrada el asiento trasero, un borde a mi espalda. Me recuerda a mi cama. Creo que hoy tampoco cenaré y me acostaré a dormir sin bañarme.

Hoy, casi todos los asientos poseen portadores, entre niños y ancianos y condenados a las ocho, nueve o diez horas en una silla giratoria como simbiótico u otro parásito más cruel que la soledad. Erigidos como postes, hombres y mujeres colgando las manos en las barras superiores para maquinar el equilibrio. Sólo hay un asiento disponible, al fondo. Un trono, un regalo. Está pegado a la ventana izquierda que jamás se abrirá, y al lado, falta un asiento, como si lo hubieran arrancado, sólo están las bases metálicas solitarias que lo sostendrían.

Lo tomé. Estaba en la gloria, nadie podía sentarse a mi lado. Era un punto rojo entre una negrura absoluta, y la ciudad se movía a mi lado. No sabía que los autobuses estuvieran asediados por horarios, al menos no los mismos autobuses. El que portaba mi trono pasaba siempre, a la misma hora, y nadie ocupaba el lugar, así que lo atribuí a mis dominios. Era un pequeño placer, auspiciado nada más que por la ilusión de exclusividad, como si todos los rincones del autobús fueran otro planeta, siempre alejado de mi órbita, porque ahora soy mi propio universo, propio, fugaz, inalcanzable, puedo escuchar música sin nadie a mi lado, sin compartir oxígeno.

Un día, pasó un autobús diferente, con los asientos completos.

No fue sólo un día.

Mi trono.

Los horarios de los choferes se lo habían robado, el cambio de vehículo o alguien que lo hubiera arreglado. Volvía a ser parte de los postes humanos.

Una noche subió un sujeto con una pala. Su camisa blanca lo hacía lucir como yo, sus pantalones color caqui y sus zapatos negros delataban que vivíamos la misma condena y posiblemente poseíamos el mismo parásito. Se acercó al final, tomo la pala y luego todos los volteamos a ver, porque no iba con él, no iba vestido con mezclilla y botas, ni llevaba los brazos manchados en cemento seco ni gorra en plena noche, así que intuí lo que intentaba. Tal cual un cazador de vampiros, clavó la pala en el asiento junto a lo que vendría siendo mi trono... el nuestro. Lo arrancó de un tajo, todos gritaron menos yo. Dejó el asiento caído a un lado. Se sentó junto a la ventana.

Mañana compraré una pala.